

Los valores de la democracia

repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle

No. 23, 1997, abr, pp. 9-23

Vera humanitas. Revista de la Dirección de Humanidades

ISSN

DOI

ISSN

Handle
repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle

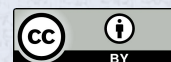
ENLACES

repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle

ORCID:

Licencia de Atribución Creative Commons 4.0

CC BY 4.0



Este documento se puede descargar y compartir con otras personas, siempre que se reconozca su autoría.

Los valores de la Democracia

Antonio Téllez Martínez

*Human beings have in their nature
the capacity to recreate, respect,
or destroy the universe as well as themselves;
making it possible to mold
this capacity through cultural values,
with the participation of
the educational process in its diverse scopes.*

**“¡Ya basta!, ¡Ya es hora de
encontrarnos de igual a igual!”.**

De igual a igual

Tres hombres sentados a la sombra de un árbol en un claro de Selva Lacandona, discutían sobre la cosa pública, la *res-publica*. Hablaron retrospectivamente sobre lo que los sociólogos de las Universidades primer mundistas han dado en llamar pragmática y utilitariamente, aunque cruel y despiadadamente: basura humana. Sabemos que una basura se esconde, se tira o se destruye.

Los hombres en cuestión eran parte de la considerada “basura humana”, y detrás de ellos, miles y miles. Uno tomó la palabra para exclamar fatigado y derrotado: “*ni modo, ya estaría de Dios, nos toca la de perder, seguiremos siendo “los sin voz”, los marginados y humillados del sistema*” Otro más aventaba puños al aire: “*no nos rendiremos, vayamos a luchar, al fin que es más digno morir con plomo que la ignominia de morir inundados de nuestra cólera*” El último, opinó conservadora y pacientemente: “*no hay problema, sigamos siendo el folklor, los bichos raros para la foto del National Geographic. Seguiremos sustentando patente de lo irredimible e incorporable a la modernidad*” De pronto, vieron salir de la selva al legendario **Jaguar Maya** que rugía y se retorció con impaciencia. “*¡Ya basta!, ¡Ya es hora de encontrarnos de igual a igual!*”

Kukulkán

Una raíz y fruto que las culturas prehispanicas lograron establecer, fue el aprecio y estima por el hombre. Todo lo existente se concentra y confluye en el ser humano, el único sujeto capaz de imaginar, sentir, recrear, respetar o herir al universo.

Las diferentes etnias (toltecas, aztecas, mayas) imaginaron, fantasearon, crearon un mito: Kukulkán o Quetzalcóatl, la serpiente emplumada o serpiente que vuela, o pájaro que se arrasta. Con el

mito se rompía fácilmente con lo paradójico, lo contradictorio: existe un pájaro que reptas y una serpiente que vuela. Este mito así confabulado no es otra imagen que la del hombre mismo. Era la manera de expresar la polaridad y binomio humano.

Su exterioridad-comunidad y su interioridad-persona, es el hombre celestetrascendente y el terrestre inmanente. Kukulkán es el sistema holístico del sentir, pensar, hablar y producir.

Quetzalcóatl, el cual rompe con las ataduras de lo tangible, finito, temporal y mortal para alcanzar lo intangible, infinito, eterno e inmortal.

De igual a igual, cada hombre es un Kukulcán, o al menos un anhelo, una esperanza, una tarea

que nada ni nadie puede frustrar en el camino procesal de cada sujeto personal y comunitario.

Kukulcán es signo y significado de lo constitutivo, de lo que fundamenta al ser humano. He aquí lo constitutivo, lo esencial del individuo humano. Convence el pensar que todo valor, todo lo que sea digno de ser apreciado, cobra sentido desde la persona, en ella, para ella y por ella.

Cada sujeto se asienta, se asume a sí mismo con ese carácter asignado: sujeto de alcances y limitaciones

Alcances, todos los que le sean posibles avizorar desde la primigenia fuente de fundamento que se abre a toda relación

y comunicación de igual a igual con otro y todos los demás, con el universo y todos los universos posibles.



Proceso educativo

Es inevitable el reconocimiento y la imperiosa necesidad de ayudar, de promover y propiciar esa igualdad mínima y fundamental de cada sujeto humano.

En el pasado y el presente, muchos se han afanado en la búsqueda de una producción del espíritu humano, de perfilar una cultura que propicie alcanzar procesalmente el modo más ideal y humano de vida: que sea auténticamente y se haga eficazmente un Kukulcán en sí mismo y para su comunidad.

**“Tolerarnos
es
comprendernos,
aceptarnos,
estar de
acuerdo,
convencidos
desde el
corazón”.**

Uno de los grandes filósofos, Aristóteles de Estagira, nos describe los estadios procesales.

Cómo los hombres en

convivencia se presentan como una multitud y pluralidad. No es sólo por el afán e instinto gregario del “Zoon

Politikon", sino que es algo querido, buscado, acordado y no bajo los signos y postulados que seguidores de Rosseau y de Hobbes, con intereses principescos, con inclinaciones patógenas, sino por la sencilla y llana razón de que le resulta al hombre imposible su renuncia o renegación de ser, aún hoy, a fines del siglo: el Kukulcán del siglo XXI.

Decíamos que Aristóteles sugiere cambios procesales que van desde el lugar hasta los cambios esenciales. El hombre en multitud masiva (concentraciones, manifestaciones, plantones, marchas, espectáculos, el hombre-cosa, sutil ingrediente para masas impersonales), y el hombre en una pluralidad festiva y caótica (desfiles, misas, conciertos, deportes, congresos por o contra la democracia y el humanismo). Se impone la necesidad de un proceso educativo que paulatina y conscientemente mantenga lo esencial en el hombre y lo lleve de la multitud y la pluralidad a ser y hacer comunidad y unidad.¹

Variables interminables e indeterminables

El profesor N. Bobbio, sugiere el apego a los valores democráticos. Nos los presenta resumidos en dos ideales básicos: el de la tolerancia y el de la fraternidad.

Presentados así, en la dimensión de ideales, sabemos que un ideal de vida se consigue poco a poco en el tiempo y el espacio histórico que cada sujeto en multitud y pluralidad va alcanzando, pero sin olvidar para sí y los otros quién es, qué quiere ser, a dónde va. Y en nuestra estimación, hay que recordarnos siempre, contra viento y marea, que somos "Quetzalcóatl", que no podemos dejar de reptar porque no podemos dejar de volar y no podemos dejar de volar porque no podemos dejar de reptar. El ideal de vida no es cosa de conocimiento rápido al vapor, no es cuestión de una consecución de golpe y porrazo, al menos no para la naturaleza humana, tal vez en lo angelical, diabólico o bestial. Aquí se trata de lo humano y sólo humano.

¹ Cfr. Aristóteles. *Política*, 2,2.

“Son tantos los símbolos que ya algunos se han quedado vacíos de significado”.

Los ideales de la democracia vividos, experimentados en el conflicto, en la paradoja del amor y de la libertad humana multitudinaria y plural. Se requiere el buen ánimo, la educación de instintos, pasiones y estados de ánimo. Civilidad y cultura hecha a lo largo de las duraciones del tiempo.

El valor de la tolerancia es contenido absolutamente necesario en una educación para la democracia. Toda basura humana considerada y clasificada así, por alguna ideología o atavismo, o prejuicio humano. Con la fuerza y poder de la tolerancia todos somos atraídos a una convivencia pacífica.

Desaparece, con fuerza utópica, todo racismo y xenofobia; queda eliminado en el tolerable horizonte de la convivencia tolerante humana. El difícil, que no imposible arte de tolerar (no torear) al otro y todos, se aprende en tres grados que van “*increscendo*” como la espuma que surge de una ola de mar: aparece y desaparece. Los tres grados son: el esfuerzo honesto y comprender al otro desde la posición de sujeto personal con todo su entorno y contexto, en todas sus circunstancias y si no las salvo (conozco y comprendo) ni lo salvo a él, ni se salvan sus circunstancias. El grado siguiente para tolerar es el aceptar al otro, esto es casi como dice Heidegger, “*yo soy el pastor del ser*”, se me ha dado el deber y el derecho de tutelar mi ser, pero también el ser de otro. Aceptar al ser del otro tal como es y no como yo percibo que debiera ser. En tal caso, lo único que puedo hacer es hacerle una propuesta honesta de cómo pudiera y debiera ser. Aquí llegamos al tercer grado de tolerancia, y ya casi en el límite, pues se trata de estar o de ponernos de acuerdo.

Abundemos sobre el estar de acuerdo y, sobre todo, ponernos de acuerdo. No confundamos y no nos confundamos. Estar y ponernos de acuerdo (permítase la definición negativa) no es de hacer las famosas concertaciones, hechas al vapor y estimadas con la fórmula de “*do ut des*”, te doy para que me des. No, ponernos de acuerdo es compartir la misma visión sobre las personas y los hechos, pero sobre todo, de la manera más

ideal de la vida, de cómo dignificar y humanizar más y más la vida del ser humano, del niño, el adolescente, el adulto, el anciano, la mujer en casa, en la calle, en el duro trabajo doméstico, en el trabajo remunerado, allí; y desde allí, desde el ser humano en cualquiera de sus edades, sexos y razas, vale la pena ponernos de acuerdo con el otro, por el otro, para el otro.

Yo soy yo y los otros, y si no salvo a los otros, tampoco me salvo yo. Valga esta parodia todavía de Don José Ortega y Gasset. Tolerarnos es comprendernos, aceptarnos, ponernos de acuerdo; y no sólo con razonamientos, sino convencernos de corazón. Hay que tolerarnos cordialmente, al menos con una simpatía de primerísima mano. Dar entrada al otro en mi corazón, si no porque él me da estímulos y garantías, sí porque participamos de la misma especie, viajamos en la misma nave, nos apura servir a los mismos ideales.

Diríamos que en México hay alta tolerancia de parte de algunos organismos encargados de la educación para que existan perfiles de instituciones educativas tan disímolas, tan enajenantes, tan intolerantes entre sí, por ejemplo: ¿habrá tolerancia presente y futura entre niños educados en escuela secundaria oficial, con niños y niñas de un colegio particular? Parece ser que tienen más en común y se preparan más para la tolerancia los niños de Canicattí (Sicilia) con los de Münsterstadt (Alemania). Veamos nuestras intolerancias con nuestras etnias, nuestros encapuchados, nuestros espaldas mojadas, nuestros pequeños *yuppies*, nuestras masas de obreros y estudiantes acomodados al sistema. Algunos de ellos abrigando

Un gobierno, un sistema de mando requiere crear mecanismos en favor de la tolerancia. Hacer acopio de las instancias de *facto* que pueden ser instrumentos privilegiadamente ávidos para la tolerancia.

Instituciones de nuestra cultura judeo-cristiana. la familia, la escuela, la Iglesia, la sinagoga.

Tales escenarios son cancelados (o casi) por nuestros hombres públicos dedicado a la *res-publica*. La escuela, la educación inicial, media y superior con aquello que debe ser "laica", ha pretendido ser furiosamente, avasallada, monopolizada por papá-gobierno. Y lo peor, deja lunares de educación muy privilegiados, hazañeramente incubadores de intolerancia, de atomismos y diferencias sociales que claman al cielo.

esperanzas de llegar a la pantalla del televisor o a los puestos gubernamentales. Es de temerse que tal y como está la educación pública y privada en nuestro suelo patrio, no sólo es una instancia mediadora y educadora en el ideal y valor de tolerancia, sino que peligrosa y riesgosamente, hunde raíces para producir frutos de división, de xenofobia, de racismo, en suma de antidemocracia, de intolerancia, de ausencia de convivencia pacífica.

Otro tanto podemos ver con las Iglesias. Sabemos que a lo largo de los tiempos, los hombres y mentalidades, han manufacturado estructuras religiosas que definen y orientan el fenómeno religioso-humano. Desde las religiones más primitivas: animismos, zoolatrías, hasta las formas religiosas más complicadas y sofisticadas han edificado, han construido y hecho más humano al hombre, pero - ¡Ay! también muchas formas religiosas provocado el frenesí, han trastornado, han fanatizado hasta la locura y la violencia a los seres humanos.

En estos años pasados, las cúpulas del clero y del gobierno se unieron en concierto para cerrar filas, unir fuerzas para acentuar el mosaico social. Recordamos la bufonada, la ironía, pero reflectora de un pensamiento intolerable y racista. la Iglesia Católica, comparada con un elefante y las otras iglesias como hormiguitas.

Hombres de instintos y alma naturalmente disponibles y bien intencionados para la *res-publica*, buscarán potenciar al máximo la instancia de las religiones, las iglesias para que sean mediaciones educadoras en y para la tolerancia.

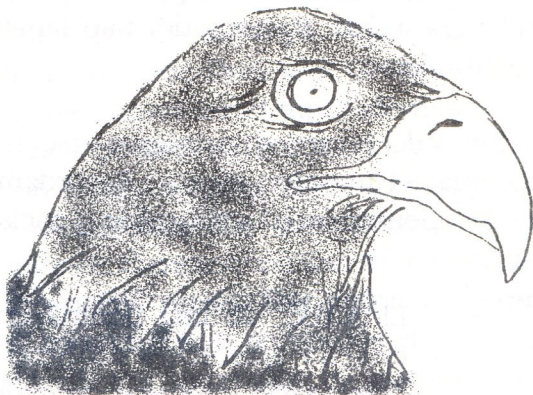
Sin escenarios democráticos, nos ha resultado a los mexicanos que hemos contado con políticos inhumanos, híbridos, mezclas de Rambo y Peter Pan, repujada de sí misma.

El A,B,C, de una politología nos enseña que todo camino a la democracia, requiere de ayudas y apoyos, porque solos no hacemos camino, sino todos, y todos juntos lo hemos de andar.

Cierro este asunto de la tolerancia, volviendo a la definición de ella como un valor indeterminado e interminable. Hay que verlo como "arsenal escatológico" que es como una energía oculta que no descansa en impulsarnos cada vez más a

tolerar y tolerarnos, todo con el fin de que cada vez alcancemos mayor estatura humana, más calidad de vida, más convivencia, más felicidad para todos. Acentuando nuestras diferencias y diversidades, porque sólo así podremos ser iguales.

Siguiendo con la inspiración suscitada por el profesor Norberto, nos vamos ahora al otro ideal y valor por el que clama, se apegas y casi llora la democracia, esa niña que en nuestro México es



deseada pero no querida, abortada en muchas ocasiones. Pero casi ya, pero todavía no le hacemos caso al gran catequista, el Jaguar Sagrado rugiente salido de la selva. Ya, pero todavía no asumimos la seria y sublime tarea de ser y hacernos Kukulcanes diseminados por toda la geografía nacional.

El ideal de la fraternidad lo hemos de apegar, queramos o no, a lo real. En el mundo ibérico o en otros países latinoamericanos, se nos llama

con ternura, un poco melifluamente, los mexicanos "*manitos*". Así nos decimos entre nosotros los mexicanos bandera. Somos "*manitos*" para el folklor, para el caos y la fiesta, para la llamarada de petate, para el sentimentalismo facilón e irresponsable del sentimiento suelto y precipitado.

Ah! pero también hemos dado muestras de la fraternidad en solidaridad. Pero no la solidaridad del nudo o moño tricolor, sino la solidaridad de barrio, de la vecindad, del campo, de los pobres que ya por tradición y cepa existen en la nación y otros muchos empobrecidos por los oligarcas y los plutócratas, subproductos de nuestra antidemocracia mexicana.

Son tales las cargas y taras históricas que llevamos en nuestras espaldas, en nuestros hombros, en nuestras cabezas, en nuestros corazones y en nuestras gentes, que no podemos soslayar, romantizar o eufemizar nuestra fracturada y erosionada fraternidad y unidad de mexicanos.

Son tantos los símbolos que ya algunos se han quedado vacíos de significado: el Lábaro Patrio, el Himno Nacional, el mito del charro mexicano, el creído *cuerpo de la abundancia que sólo ha abundado* para unos pocos y a los demás, se les ha marginado y dejado en la escasez y la indigencia. Las tradiciones, las celebraciones patrias, todo nos hace disfrutar aunque a corazonadas, a ratitos de cielo, a espaldas de nuestra ruda y cruel realidad. Todavía en México, casi en atraso medievalesco y como lo dijera Charles Marx *“muchas, muchísimas chozas siguen lloviendo frente a los palacios de la opulencia”*

El valor fraternidad no puede y no debe darse como un supuesto entre nosotros, sería fatal seguir presumiendo lo que no somos ni tenemos. Somos los *manitos* en apuro pasajero, en una fiesta, en una cantina, en un velorio. Aquí nos referimos a la fraternidad como fundamento de la *res-publica*, de nuestro quehacer político, de nuestra democracia.

Las ideologías orquestas en los centros de decisión de poder políticos, financieros, técnicos, académicos (en

Washington, D.C., Harvard, Wall St., Tokio, Roma, etc.), nos confunden y nos pierden con pensamientos y *slogans* totalizantes y apabullantes: que “la aldea *global*”, que la *globalización de la economía*, que las megas y macroeconomías, que los sistemas planetarios y le paramos con expresiones grandilocuentes y rimbombantes.

Es mejor imitar la humildad del científico físico y astrónomo de Cambridge S.

Hawking, quien habla de los pequeños universos. Todos

existen y subsisten en el espacio sideral, todos son cruzados y unidos por *coordinadas y redes espaciales*.

Nuestra fraternidad la proyectamos como una conspiración de todos los pequeños universos,

todas las etnias, los mestizajes, los criollos, los extranjeros nacionalizados o inmigrados.

Es necesaria una fundamentación del ideal de la fraternidad en aras de la democracia. ¿Dónde, cómo se origina la fraternidad?, ¿Cuáles son los desarrollos y desembocaduras de la fraternidad?

“La paz tiene un nuevo nombre, ella se llama desarrollo”.

Tres triedros nos ayudan a describir y esencializar la fraternidad. paternidad, maternidad, fraternidad, cosmología, zoológica, sociología, conocimiento, compartición, convivencia.

Las raíces de nuestra hermandad en la dimensión e imagen paterna, ¿hacia dónde nos dirigimos?, ¿quién la encarna?, ¿será Tlatoani el viejo, o el nuevo Señor de los Pinos nuestro Padre?, ¿somos los “*manitos*” porque todos somos hijos de un padre común?

Lo más seguro es que no tenemos clara imagen de un padre común, somos huérfanos de padre al no tener padre, esa figura sólida y la autoridad moral, ¿será lo que nos da un problema de identidad y de asumir nuestra responsabilidad?

No sucede así con la maternidad. Madre tenemos mucha. Lo más Sacro, sublime es nuestra madre. Pero resultamos ser subproductos de una madre caprichosa, a veces de poca inteligencia, consentidora y apapachadora. Una madre castrada y castradora que genera hijos

disímbolos, tan llenos de diferencia en todo sentido y nivel. Una madre que no ha hecho mas que mal criar a los hijos, tal vez una madre chismosa e intrigante que ha echado a perder a sus hijos. Las tantas luchas fraticidas en nuestra nación.

Caray! Tenemos una imagen paterna, materna y fraterna harto viciada, casi patógena porque no nos ayuda ni a la estabilidad, ni a la convivencia pacífica.

Muerte y guerra, anhelos de paz y justicia. Tescatlipoca que corretea a Quetzalcóatl queriéndole dar muerte Los unos contra los otros. No convivimos, coexistimos en una dialéctica sorda y unidimensional, casi demoniaca porque nos rebasa, nos asusta y no sabemos cómo manejarla fraternalmente en favor de nuestra democracia.



Nuestro papá, nuestra mamá y nuestro hermano se volatilizan, no logramos encontrar el rostro, ¿a dónde iremos a buscar los rostros? ¿A Tlatoani, a los Pinos, al Tepeyac, a Cantinflas, a Pedro Infante? Uy, uy, uy! Y ese cine de la tradición nacional que con aquella Sara

García toda tierna y sentimental y llorosa, sacrificada y abnegada. Esa Doña, llena de fatuidad, insolencia, prepotencia y soberbia jactancia.

Esa oveja negra con una imagen paterna mezcla de sultán, de patriarca, de dictador; un cine que ha “*desvirtuado*” la imagen del padre, la madre y hermano. Cine nacional, te declaro perverso, envenenador y carente de las más mínima didáctica que nos ayude a ser más democráticos, más humanos, más llevaderos y civiles en nuestro trato y convivencia de mexicanos.

Para madurar la fraternidad, es necesario ubicarnos, volver y volver a descubriarnos en el orden, en la disciplina, en la cosmología de carne y hueso, en la geografía del suelo nacional. Tan es cuerpo el de un Tzotzil, un Kora, un Tarahumara, un Mazahua, un guerrero de los Altos de Jalisco, un chaparro y barrigón o un espigado, todos somos cuerpos en el espacio nacional.

Pero no sólo somos cuerpos echados al lado de otro, sino también animales. Zoología que nos acompaña en nuestras necesidades fisiológicas, eso sí con gustos, costumbres culinarias y gastronómicas diversas. Somos zoología fina y civilizada porque nos encanta comer y no de “*muerde y corre*”, sino sentados como Señores del Reino. Zoología de alta, media y baja y nada de clase. Unos de mucha pose, aculturados en el comer y beber, otros medio comiendo una vez al día, la gran masa zoológica mexicana hace una fauna difícil de equilibrar para la convivencia. Como siempre, los peces grandes se comen a los chicos, los lobos se enseñan a aullar, pero no muerden.

Pero todavía, según los niveles de la vida en común que nos describe Tzvetan Todorov, el nivel de lo social, el ser humano no es sólo cuerpo y animal, también es algo único, insustituible nada igual con los otros cuerpos y animales, pero sí muy igual a los suyos, a sus semejantes. Yo, soy yo, y vivo. Pero existo solo y sólo gracias a la mirada y la consideración del otro y todos los otros. Tal mirada y tal consideración la

interiorizo, la comparto con los otros para relacionarme, hacer planes y proyectos en común que nos envuelven y comprometen a exigirnos una existencia más humana, una vida más feliz, un proyecto democrático que nos involucre, que nos brinde oportunidades de ser y existir con más calidad humana.

El último triángulo es el del conocimiento, compartición y convivencia. Estas tres caras de la misma realidad: el ser humano las quiere encuadrar en otro valor democrático, el de la paz. Decía un jerarca de la Iglesia Católica, el Papa Paulo Sexto: *"la paz tiene un nuevo nombre, ella se llama desarrollo"* Así, según el teólogo teutón Karl Rahner: *"cada ser humano vive en paz y construye la paz cuando se hace consciente de su dignidad y es digno quien exige para sí mismo y para los demás: cuidado, estima y desarrollo"* Esta paz se inicia a través del conocimiento. Interesarme por el otro, conocer su situación de indigencia, de empobrecimiento particular, desde sus necesidades, desde el bloqueo que otro u otros le hacen para que no se exija desarrollo, estima y cuidado.

Del conocimiento nos vamos al compartir. Cuando hemos conocido la dura realidad de muchos hermanos nuestros nos surge y urge el compartir. En una democracia, la aspiración es aquella de que todos tengamos una igualdad mínima. acceso a una digna alimentación, vestido, casa, salud, educación, esparcimiento. Compartir todos juntos una vida humana de más calidad, ésta es la aspiración, éste es el ideal de vida mejor.

Pero no coronaríamos la obra democrática de nuestra convivencia humana después de conocernos, convivirnos y compartimos, no vivimos juntos, no somos capaces de hacer vida común: considerarnos, mirarnos, interiorizarnos, querernos, amarnos con amor benevolente, desearnos el bien y con amor beneficiante, hacernos bien.

La familia

El filósofo de Estagira afirma en su obra **Política**, que: *"en un Estado es una asociación o comunidad de familias en una vida buena y su finalidad es una vida plena e independiente"* Es en la familia, desde la familia, donde se forman los ciudadanos, toda otra institución viene a ser subsidiada de la familia.

Es curioso que nuestros políticos casi no introducen en sus discursos ni en sus planes a la familia. Todo queda en *slogan* eufemístico del “*Bienestar para tu familia*”, pero en los hechos, se deshace a la familia. Llegan los desencantos, los enfados y las impaciencias producidas por las insolencias de los demagogos.

Todo valor e idea democrática se empieza a aprender en familia. De ahí la importancia y máximo cuidado que se ha de dar a la familia, como instancia democratizadora única, sí principal y prioritaria, tolerancia y fraternidad empezamos a aprenderlos en experiencia significativa y demostrativa dentro de la familia.

La familia, esa institución tan antigua y siempre nueva. Ella empieza con la confianza de dos seres que se aman o dicen amarse. En los enamorados se da la perfecta amistad y vida común. Son los pequeños universos en conjunción y fusión, son las zoologías armonizadas y equilibradas, son la célula social perfecta. Amor entre dos que es casi misterio, porque según el pensador hebreo que dice: “*lo grande de la pareja es que de uno hizo dos para que siguieran siendo uno*” Hombre y mujer unidos reúnen las mejores condiciones para conocerse, compartirse, comunicarse. Con hombre y mujer en perfecta fragancia y asringencia mutuamente gustadas, soportadas, toleradas, fraternizadas, se inician desde la cámara nupcial en el

proceso y tarea de Kukulkanizarse, Quetzcoatlizarse. Él cada vez más hombre, más pleno, más capaz de abrirse a la vocación pública de servicio a la *res-publica*. Ella cada vez más mujer dispuesta también al servicio de la comunidad. Hombre y mujer unidos en matrimonio son la ventana que se abre al mundo, a la sociedad.

Esposo y esposa que se esfuerzan responsable y denodadamente por construirse en amistad y unidad perfecta. Ambos realizan una tarea permaneciendo fieles ante las insubstanciales circunstancias cambiantes, en amor total y de entrega mutua, produciendo los frutos naturales de ese amor: los hijos.

Mujer-hombre, esposa-esposo, hijos, mamá-papá, nace una estrella en el firmamento de la sociedad, en el universo de la *res-publica*. Nace la familia constituida por padres, hijos, red de relaciones humanas y patrimonio. Nos convence el postulado de la familia. No hay institución que la supla, aunque sí las hay que le hacen la competencia o la quieren cancelar: orfanatorios, asilos, iglesias, cárceles, partidos, escuelas. Todas las instituciones le compiten a la familia, pero todas pierden.

Vagan en la Patria Mexicana y, sobre todo, en las mentes y corazones de los jóvenes mexicanos casaderos, dos modelos de familia: el modelo expansivo colonial, propugnado por la Iglesia Católica con aquella vieja sentencia de “*los que Dios quiera*”, y, así a los jóvenes se les sentencia a admitir el síndrome de conejo y coneja. “*rapidito y todos los más posibles*” Este modelo lo siguen todavía nuestros campesinos en su cultura de pobreza. Y es que da el sentimiento de posesión, si en la familia no hay patrimonio, al menos que haya hijos. El otro modelo es el nuclear, muy usado y acariciado por las clases medias o pequeños burgueses. Un modelo desgraciadamente burda copia de otras culturas y mentalidades. No es adecuado ni uno ni otro modelo para los mexicanos, sobretodo en aras de construir una familia. Si alguien pide consejo aquí es donde surge otro principio fundamental de la democracia, la libertad.

Así como decía el Águila de Hipona: “*en las cosas dudosas, libertad, en las naciones necesaria, unidad, pero en todas, amor*” Los esposos son libres para tener los hijos que ellos decidan y así ejercer su derecho de libertad sin miedo, sin presión, sin coacción.

Sólo en familia nos educamos para dar el paso de la zoología a la antropología, de la multitud a la comunidad, de la pluralidad a la unidad, del egoísmo al altruísmo; y no es magnificar y conceder panacéicamente poder omnímodo a la familia, pero es que casi no hay para donde voltear.

Tampoco es cuestión de profetizar sentenciosamente que si en México para su bien presente y futuro, si nuestra Carta Magna, si nuestros políticos y líderes

sociales no ven el valor de la familia, si no se potencia como calificada instancia mediadora para los procesos democratizadores, entonces, hay que armarnos de más paciencia antes que de armas y pasamontañas.

No exageremos, alejémonos de los seductores cantos de sirenas para volver a escuchar el rugido del Jaguar Sagrado salido de la selva que nos conmina a buscar lo nuestro, encontrarlo, respetarlo, hacerlo. Volvamos a sentir que tenemos vocación de Kukulcán. Nuestro “*Homo Absconditus*” es Kukulcán.

Resumen

Las culturas prehispánicas lograron establecer el aprecio por el hombre y crearon un mito que recibió el nombre de Kukulcán o Quetzalcóatl, que toca tanto lo tangible, como lo etéreo del hombre.

Es necesario propiciar la igualdad fundamental de cada ser humano. El valor de la tolerancia es necesario en una educación para la democracia, donde viviremos en una convivencia pacífica. Esta tolerancia va aunada a la comprensión del otro, en todas sus circunstancias.

Ponernos de acuerdo es compartir la misma visión sobre las personas, así como la manera de cómo dignificar y humanizar más, la vida de cada ser humano.

Yo soy y los otros, y si no salvo a los otros, tampoco me salvo yo. Cualquier gobierno o sistema de mando requiere crear mecanismos en favor de la tolerancia.

Sin embargo hay algunos poderes educadores, que en manos de algunos hombres, han sido convertidos en fanatismos, que han llevado a los hombres a la violencia o a la locura.

Todo camino a la democracia requiere de apoyos. De igual forma el ideal de fraternidad debe apegarse a lo real y a la solidaridad; y no darse como supuesto sobreentendido. Es necesaria una fundamentación del ideal de la fraternidad en aras de la democracia.

Para madurar la fraternidad es necesario ubicarnos en la disciplina. Todo valor e idea democrática se aprende en la familia, que es una red de relaciones humanas y patrimonio, y permite al hombre pasar de la zoología a la antropología.